

Una granja lejana con un criadero de lombrices californianas

Elevero Gonzales

Una granja lejana con un criadero de lombrices californianas



Elevero Gonzales

Capítulo 1

Cuando mi abuelo Ernest Williams Stephenson murió, dejó como herencia una granja lejana con un criadero de lombrices californianas entre otras posesiones mucho más valiosas.

Por ese entonces, yo contaba con veintidós años y vivía, como toda la familia, en la mansión de Pensacola. Nadie parecía interesado en la granja. ¿Yo? pues por ese entonces, me sentía heresiarca, bisexual y húmeda. Como consecuencia me dispuse a tomar posesión del terruño.

Padre hizo arreglos con un notario por eso de la posesión, la escrituración, la apropiación, etc. y dos meses después, partí hacia la locación a bordo de mi Buick rojo, con un pack completo de Saratoga, mi equipo de acampada intacto y estimulantes y depresores del sistema nervioso central.

El periplo se asemejó a una pesadilla bucólica llena de personajes aterradores. Hay lejos de las ciudades, personas feas, sucias, precarias, que miran —mis tetas— con ojos bobalicones, perversos, llenos de intenciones procaces. Aquello me puso ansiosa en varias ocasiones, pero relegue esos ardores, haciendo mohines de desprecio. Tenía un ánimo de superioridad y autogestión que consideré un tanto enfermizo: mi talante era de Diva inalcanzable, impenetrada e inmune. Ciudadina, gestione una fantasía de esclavitud, de tiempos idos, y me toque un poco mientras conducía. En resumen, fue un viaje ramplón, cursi, solo salpicado de originalidad por mi fantasía barbitúrica.

Arribé un medio día.

Me sentí sentreptional y menuda, la suciedad acumulada en el viaje me hizo extraña desde mi interior immaculado. Había algo en mi olor corporal que revelaba sentimientos encontrados, me repelía y me atraía. Olía mis axilas con los ojos entornados y sentía nauseas, pero luego me invadía una oleada de placer inenarrable, inesperado y sorprendente. Me saque —recuerdo— mi sudadera Hard Rock Miami y me quedé un tiempo oliéndola. El asco fue retrocediendo...¿o era lo mismo el asco que el placer?. Aquel pensamiento me dejó de costado, ambivalente, diáfana e inconstante.

Volví en mí por la tarde —debo aclarar que tengo algunos periodos de tiempo donde mi conciencia se desvanece, ora efecto de los ansiolíticos, ora producto de mi insensata constitución psíquica, ora mi proclividad al ensoñamiento— con una cabaña a mí frente, al costado derecho un silo pequeño y un caballo, al izquierdo algo que podría ser un

granero, por la espalda el llano verde de alta hierba.

Todo estaba impregnado de salvajismo, dejadez y yuyos. Me sumí en un humor primitivo y rupestre antes de entrar a la cabaña. Así dotada, pude notar que era más amplia de lo que parecía por fuera, que estaba llena de cosas maravillosas, que había mucho polvo y animales pequeños (imagen: esqueleto polvoriento con algunos habitantes consuetudinarios).

En el umbral, evalué que aquello podría ser una aventura espléndida y exenta de cleros, diría una experiencia cercana al paganismo ecuménico. Sonreí un tanto boba y arme mi tienda de acampada. Puse la radio del Buick a todo volumen. Tome mi Blue Cosmo Inmarsat Isat Phone y busque la pizzería más cercana. Una de peperoni con una Pepsi frutos rojos. Un minuto después —justo cuando decidía tomar un depresor— me llaman de la pizzería, que está muy lejos, que no hacemos entregas fuera de la ciudad, etc. Por supuesto no conteste, en su lugar hice un giro por una suma convincente de dinero a la paupérrima pizzería. Un minuto después —cuando ya había tomado el depresor— llamaron de la pizzería diciendo que el pedido tardaría una hora. Por supuesto no respondí.

Me sentía un tanto mortuoria. Cuando eso ocurre, en esos giros de mi inconsciencia, solía pensar en anguilas: miles de anguilas en un pozo con barro compitiendo por humedad. O en placentas. O en medusas azules. Putrefacción. Olores dulces, estiércol y miel.

Ya estaba oscureciendo cuando tuve una idea genial.

Entre en la cabaña y busque lámparas. Había visto varias. Las encendí una a una, las ubique en las diferentes estancias y luego volví al exterior para ver el resultado. Sin dudas la cabaña había cobrado una insólita vida desde su cadavérico esqueleto. ¿Y yo? pues yo me había convertido en una intrusa, en una extraña, una fisgona perversa, aquello me llenó de entusiasmo y una a una revise las sucias ventanas desde el exterior. El interior ambarino está repleto de cosas, sombras, animales pequeños, insectos, promiscuidad y mortalidad específica. Intrusa, reí en voz baja, ansiosa y húmeda. Aquella idea había sido genial: me sentía una especie de animal venerado buscando pecados anacrónicos de humanos solitarios. Mi abuelo había vivido y muerto allí, toda su presencia con formas de objetos tapizados de polvo, lo denunciaban. ¿Yo?, ni siquiera lo había conocido. Sé que era almirante y llegó a pasar los cien años de edad.

Llego el recadero con la pizza. Era asiático y yo—sin la remera Hard Rock Miami— estaba semidesnuda. Arribó en un vehículo destartalado. Se asustó un poco cuando aparecí desde la oscuridad, pero su mirada se posó en mis tetas y sin dudas se sintió más seguro. Recibí

mi pizza y mi Pepsi, pero el asiático parecía estático, elucubraba tal vez un escenario erótico, o protagonista se sintió, de un video porno. Le propiné un sonoro soplamocos, le grite algunas maldiciones y huyó. La pizza estaba fría, pero con tantas emociones se me había quitado el apetito. Sempiterna mire el horizonte negro y a las luces rojas del auto del asiático que se alejaban (imagen: focos sanguinolentos de carmesí intensidad simulando ojos de carnívoro acechante).

Debí quedarme dormida dentro de la tienda de acampada, pues un sonido espeluznante me despertó. Sin saber muy bien donde estaba, traté de recobrar el dominio de mis facultades intelectuales. No sé cuánto tiempo me llevó eso, pero el ruido no cesaba. Era un chunch chunch ominoso y cercano.

Sigilosa y estúpida me asome por la entrada de la tienda. Un caballo—seguramente el mismo que vi antes, pero no puedo asegurarlo—había comido mi pizza y ahora atacaba la caja de cartón. ¿Yo? Pues estaba aterrada, anonadada. Nunca antes había tenido una bestia tan cerca, pero el caballo parecía restar importancia a tal hecho. Le dije tratando de recobrar el control:

—Ea Caballo, que como tú has ocurrido a mí en la intención aviesa de robarme la pizza, anóciate que no es robo, pues de ella ya me había desentendido en tiempo y forma.

Me sentí satisfecha y luego pensé en los últimos eventos.

Me di cuenta de algo ominoso que ocurriría: El asiático en estos momentos debería estar anoticiando a sus secuaces de mi existencia, precaria, solitaria, semidesnuda. Elucubraban —el asiático y sus esbirros— violaciones, vandalizaciones, transgresiones, todo muy rural. ¿Yo?, pues podría permitir algunas adoraciones, pero nada corporal: lo corporal me da nauseas. Tuve un novio—Kevin—que estaba empeinado en cosas corpóreas y llenas de fluidos. Aquello no prospero. Soy sacra, húmeda y autocomplaciente.